

# Reflexiones sobre concepto de cultura política desde una perspectiva antropológica.

---

Laura Collin Harguindeguy<sup>1</sup>

- *Si bien algunos analistas, pletóricos de optimismo, consideraron que en 2000 una nueva ciudadanía protagonizó una revolución democrática en las urnas, fenómeno al que denominaron alternancia, la realidad se ha encargado de contradecir las expectativas, al evidenciar de manera recurrente la persistencia de prácticas asociadas al corporativismo y el clientelismo y lejanas a la imagen del ciudadano que ejerce libremente sus derechos cívicos. Prácticas clientelares, ya no solo atribuibles a los dinosaurios priistas sino, que han permeado a los restantes partidos. Frente a tal fenómeno la actitud de los analistas se ubica en una escala que va de la aceptación un poco cínica de así somos, a la justificación de la venta del voto por la desigualdad social o por limitaciones institucionales (Vease por ejemplo: Cancino, 2012, Escalante-Gonzalvo, 2009). La existencia o no de ciudadanos resulta consustancial para la calidad de la democracia, sin embargo hasta el momento no existen acuerdos en cuanto a cómo medir la ciudadanía; las diferencias en cuanto a las apreciaciones dependen de la definición de cultura democrática que se adopte y en consecuencia de los indicadores a los que se recurra para medirla.*

*La ponencia discute algunos de esos indicadores, cuestiona la definición, implícita, de cultura a la que se recurre y propone un abordaje desde la perspectiva antropológica, que la contemple como un sistema de relaciones entre gobernantes gobernados, que responde a una lógica. Lógica que permea a todas las clases y los niveles socioeconómicos y que en consecuencia constituye una cultura política. Propone, además, que al estar integrada como una estructura de la conciencia, tal cultura política no cambiará, por la existencia de medidas de control para impedir el uso de los recursos públicos, sino solo cuando se modifique la lógica que le da sustento e incorporen otras pautas culturales y representaciones.*

## I Ciudadanos o votantes, políticos o candidatos

---

<sup>1</sup> Doctora en Antropología, Profesora investigadora, El Colegio de Tlaxcala, Av. Melchor Ocampo N 28, San Pablo Apetatitlan, 90600, Tlaxcala, SNI I, lauracollin@gmail.com

Si bien algunos analistas, pletóricos de optimismo, consideraron que en 2000 una nueva ciudadanía protagonizó una revolución democrática en las urnas, fenómeno al que denominaron *alternancia*, la realidad se ha encargado de contradecir las expectativas, al evidenciar de manera recurrente la persistencia de prácticas asociadas al corporativismo y el clientelismo y lejanas a la imagen del ciudadano que ejerce libremente sus derechos cívicos, por su parte la clase política tampoco se demuestra muy cívica.

Los políticos en México, que es el caso que analizo<sup>2</sup>, practican el *trapecismo*, imagen adoptada por el lenguaje popular, para describir el cambio de partido, la mas de las veces en función de intereses personales. Como *hábiles trapevistas de circo han aprendido a pasar de un cargo público a otro sin importar las siglas partidistas* (Yasser-Pompeyo, 2007). No se trata de cuestionar desde una imagen fijista de las ideas el posible cambio de partido por motivos ideológicos, como lo fuera en su momento el desprendimiento de la corriente democrática del PRI, su posterior confluencia con la izquierda que culminara con la formación del PRD. El trapecismo alude a figuras políticas que al no haber logrado la postulación por su partido de pertenencia, se pasan con todo y huestes, al partido que les ofrezca la posibilidad de figurar como candidatos. El caso de Tlaxcala resulta ilustrativo, modelo de alternancia, con gobernadores de tres colores PRD, PAN, y de vuelta al PRI, siendo que los tres de filiación Priista y de los grupos políticos locales, por no hablar de sus prácticas. Una vez obtenida la candidatura, en el proceso de contienda otro fenómeno, ajeno a las ideologías y lealtades, son las alianzas *impúdicas*. Consciente de estar recurriendo a un adjetivo, lo justifico, no solo porque el concepto ya ha sido popularizado por un notorio expresidente del PRI (Perez-Silva y Chavez, 2011), sino tambien pues es la palabra que mejor describe lo indescriptible en términos ideológicos, o lo que creíamos que eran las ideologías, como la alianza PAN-PRD, o la que suscribiera Calderón con la maestra Gordillo, y las consecuentes concesiones al gremio magisterial. Ambos fenómenos, trapecismo y aliancismo, muestran la vigencia del consejo maquiavelano, en cuanto a que el *fin justifica los medios*, y que todo “se vale”, siempre que se llegue, o se sepa saber llegar. En tiempos de la ideología del *fin de las ideologías* (Bell, 1964; Fukuyama, 1992; Huntington, 1997; Giddens, 1999) pareciera que las declaraciones de principios, los programas de partidos y otras minucias de la ideología política vendrían sobrando, ante

---

<sup>2</sup> Hago la aclaración, pues parece que el fenómeno del cambio de camiseta se presenta también en otros países.

un acentuado pragmatismo más acorde con la fluidez o liquidez propia de la posmodernidad (Bauman, 2000).

Sigamos con los votantes: la compra de votos, el acarreo y la intimidación, han sido reiteradamente denunciadas como medidas eficientes de captación del voto, que siguen operando en tiempos recientes. La llamada compra de votos recurre tanto a la distribución de dinero en efectivo, la innovación de las tarjetas, bienes de consumo (desde cubetas, a cemento), el manejo condicionado de los programas públicos, hasta el condicionamiento del ingreso a la universidad. Cualquier bien o servicio sirve para comprar voluntades, pero las voluntades no serían comprables, aunque los bienes o servicios se condicionaran, pues como sostiene un connotado priista-salinista:

utilizan diversos mecanismos para ganarse las simpatías del electorado (tarjetas como "La Cumplidora", "Más Mejor" se usaron en Coahuila), pero de esto, a obligar a votar al ciudadano por un partido hay una distancia; materialmente no se puede ya que el elector vota solo en la casilla ¿Cómo obligarlo? ¿El ciudadano que "vendió" su voto denunciaría el hecho? Esto lo haría corresponsable (Martínez-Veloz, 2012).

Si bien, el de la cita, argumenta en función de invalidar el carácter fraudulento de la elección el argumento no deja de ser contundente: la corresponsabilidad del votante resulta evidente, se constituye en cómplice, cuando a pesar del carácter secreto del voto, vota a quien le proporcione un bien o servicio. El votante que está dispuesto a conceder su voto a quien le ofreció un bien o servicio, o aquel que espera la mejor oferta para decidirse, no está ejerciendo el voto ponderado, en función del análisis de la plataforma partidista, de los programas de los candidatos, o por la adscripción a un partido, por coincidencia ideológica, sino que se mueve por el interés personal inmediato y responde a la lógica de la reciprocidad.

Por ambos lados, el de los políticos profesionales y el de los votantes, se evidencia la persistencia de conductas no democráticas. Políticos al parecer carentes de ideología, a la pesca de candidaturas, para alcanzar un puesto y personas que consideran al voto un atributo negociable en función de intereses minúsculos o lealtades personales. En despecho de estas conductas evidentes, desde el poder se evidencia una acuciante necesidad de demostrar que en México priva la democracia, y que puede participar en el concierto de los países del primer mundo.

La necesidad, puede interpretarse también como un condicionamiento, o una necesidad creada por los llamados *mercados*. Las calificadoras antes de recomendar a un país

como confiable, de manera que atraiga a la mitica IED (Inversion Extranjera Directa), lo evalúan recurriendo a una serie de indicadores entre los que se encuentra la calidad de la democracia. Entre las nuevas formas de ejercicio de la injerencia de los “poderes Transnacionales”, sobre los estados nacionales, o nuevas formas del imperialismo, es el establecimiento de mediciones sobre la calidad de diferentes aspectos de los países. Del cumplimiento de ciertos estándares, dependerá la calificación que obtengan, y se supone que tal calificación incide en el riesgo, o en sentido contrario la confianza, que el país genere en los otros gobiernos pero sobre todo en los inversionistas (Navarro, 5-4-2012). En la medida en que la operación del modelo neoliberal se sustenta en gran parte en la inversión extranjera, la buena calificación serviría para atraer la IED. Para que México se codee con los grandes, pero sobre todo para que sea considerado un país confiable, con bajo riesgo-país, requiere mantener estándares aceptables en los indicadores de riesgo. Por eso a quienes ejercen el poder les interesa demostrar que México es un país democrático, y el poder siempre tendrá sus *intelectuales organicos* (Gramsci, 1973) dispuestos a demostrar, a cualquier costo, que México protagonizó una transición pacífica a la democracia: mediante la alternancia.

Para sostener que en México, después de 75 años de dictadura perfecta, se ha producido una *revolución democrática*, y que México sea ponderado como un país democrático a nivel internacional, condición que ponen los organismos internacionales para que sea “bien calificado” y considerado entre los países desarrollados, se necesita recurrir a indicadores. En este caso indicadores de la *calidad de la democracia*.

## **II Revolución democrática o alternancia, de cómo México cambio a la gatopardo**

La evidencia de la persistencia de prácticas no democráticas en los procesos políticos no puede ser obviada y requieren algún tipo de explicación. Las explicaciones, a veces justificaciones, dependen en varios de los casos de la disciplina de origen de quien escribe. Dentro de estas los marcos teóricos, pero también y simultáneamente la posición política del autor.

Sin pretender ser exhaustivos señalaría 3 posiciones políticas: 1. quienes justifican y defienden que se ha producido una revolución democrática, o visión neoliberal; 2. la de

quienes buscan culpar a un enemigo, al villano de la película, generalmente el PRI o la corrupción y 3. La que consideran que la cultura política es un sistema de relaciones entre gobernantes y gobernados, que es la que comparto, es decir que existe un código de cultura política compartido.

En cuanto a la influencia de los marcos teóricos y disciplinarios también se pueden señalar tres tendencias. Una que coincide con la primer posición política mencionada, es la que denomino la *ficción estadística*. La ficción estadística, parece ser uno de los instrumentos mas socorridos del neoliberalismo y consiste en vez de modificar la realidad, cambiar las estadísticas, para simular el cambio. Baudrillard diría que se trata de un simulacro, una simulación (1983). Los ejemplos abundan para mejorar el índice de reprobación se prohíbe a los maestros que reprueben, para mejorar el índice de doctores per cápita, las IES reducen sus requerimientos, de manera que no se pierda la eficiencia terminal. En el caso que nos ocupa la ficción estadística se centra en el concepto de alternancia, de acuerdo con el cuál, México ya llegó a la pluralidad democrática. La ficción estadística suele carecer de teoría y mostrarse profundamente positivista, al considerar que los datos son autoevidentes, no requieren explicación. Graficas en donde se muestre la presencia relativa y la variación en el tiempo entre rojos, azules, amarillos y demás colores, que identifican a los partidos, demostrarían contundentemente la existencia de *alternancia*.

La ficción estadística, pretende que en la medida en que se produce la *alternancia*, es decir el cambio de los partidos que acceden al poder mediante el voto popular, este hecho comprueba la existencia de electores que eligen conscientemente o al menos de acuerdo con algún criterio crítico -como el voto de castigo-, a sus gobernantes. Que muchos de los triunfos del PAN se deban a haber captado a algún Priista despechado -por señalar una de las combinaciones posibles-, carecería de importancia ante el peso del dato numérico.

En este caso el dato duro, objetivo, que proporciona la estadística, sería mucho mas evidente y definitorio, que el dato cualitativo, el vox populi e inclusive la denuncia en cuanto a que, los elegidos por un partido muchas veces no pertenecen ni coinciden con el partido en cuestión, sino que pertenecen a una clase política, con clientela, que cambia de camiseta en función de obtener el registro como candidatos. En el caso de los partidos que los postulan, aceptan tener un candidato no partidista, pero con votantes, en

función de pintar de su color el territorio y mediante negociaciones de cuotas. Obvian también que el voto se ha convertido en un mercado donde se vende al mejor postor y que la compra de votos no es privativa de un partido, sino practicada por todos.

### III No es culpable el indio sino el que lo hace compadre

Para la segunda posición, la de la búsqueda de culpables, o la política del chivo expiatorio, la explicación remite a la existencia de fraude, que pueden ser evitados si se ejerce una efectiva vigilancia. Algunos autores parecen creer que las limitaciones persistentes de la democracia dependen casi exclusivamente de problemas del polo institucional, subsanables con mecanismos procedimentales, instituciones, instancia, reglamentos y vigilancia. En esta visión la ciudadanía sería víctima pasiva de las maquinaciones de malvados alquimistas, o cuando mucho una ciudadanía participativa, que se enfrenta a una pared institucional. El listado de las desventuras a las que se enfrenta la virtud cívica incluiría:

a) Una cultura patrimonialista...; b) actitudes y conductas patrimonialistas de parte de la clase política y de las burocracias partidistas...; c) poca o nula transparencia y rendición de cuentas de partidos y gobiernos...; d) prácticas partidistas corporativas y clientelares...que refuerzan el rol de súbdito ...y e) ...clima de gran desconfianza y descalificación entre los actores partidistas y gubernamentales... (Cancino, 2012, pág. 149)

Todos estos factores son reales y amenazan la democracia, pero unilaterales, en la medida en que responsabilizan o culpabilizan a las instituciones por la falta de vigilancia, de normas o sanciones, olvidando que para que se pueda comprar el voto tiene que existir alguien dispuesto a venderlo. En tanto parte del sistema de relaciones sociales, la calidad de la democracia incluye al menos dos tipos de actores: los gubernamentales-electorales y partidarios, por un lado y los ciudadanos o votantes por la otra.

Teóricamente esta posición puede ser acusada de maniquea, al dividir a la población en malos y buenos, pero sobre todo reproduce la distinción positiva entre sujeto y objeto, donde quienes ejercen el poder serían los agentes activos, los actores, mientras que los votantes, o ciudadanos nominales, aparecen como objetos pasivos, o resignados, o parafraseando a Cancino sujetos entre el *estoicismo* y la *esperanza*.

## IV Que indican los indicadores, reflexiones metodológicas

Ya sea en respuesta a los condicionamientos de los poderes fácticos internacionales, o por afán de conocimiento, lo cierto es que los politólogos y los observadores de la política, no pueden soslayar que existen grados en el ejercicio democrático, de allí la necesidad de adjetivar la democracia, y considerarla, por ejemplo en términos de *democracia real existente* (Schmitter, 2010) o *democracia de baja intensidad* y a sus protagonistas como *Ciudadanía de baja intensidad* (O'Donnell, 1993). Cualquier sistema clasificatorio, requiere de indicadores, con los cuales formular índices, de allí que a partir de formulaciones teóricas proyectos concretos, como el *observatorio de la Calidad de la Democracia* en México, requieren definir indicadores para la medición de la calidad de la democracia. Como en todo proyecto de medición de calidad, se requiere ya partir de una línea de base, que referiría a la situación real existente, o sentido inverso tomar como referencia un arquetipo. Es decir un modelo de lo que sería la democracia ideal y dentro de este modelo ¿cual el ideal de conducta ciudadana?, o el arquetipo del ciudadano ideal. Para luego medir la distancia o el grado de coincidencia entre deseo y realidad, entre la democracia ideal y la realmente existente. En este caso cuál sería el arquetipo del ciudadano ideal.

Limitarse a considerar el ejercicio del voto, como hacen los partidarios de la *ficción estadística*, equivale a considerar solo el ingreso para medir pobreza: Si se vota, se ejerce la ciudadanía, por tanto la alta o baja calidad dependería de la relación abstención-votaciones, indiferencia. Si bien esta posición cuenta con múltiples seguidores. Su insuficiencia resulta notoria de manera que ha sido calificada como: *democracia mínima*. Contempla, como requisitos la existencia de sufragio universal, elecciones periódicas, donde concurran mas de un partido. Sin embargo si se considera que la definición del concepto de *democracia mínima*, de Bobbio incluye no solo el ejercicio del acto de votar, sino también el respeto de las mayorías, el acceso a la información y la protección de la esfera pública (Bobbio, 1985), el limitarse al acto del voto debería ser considerado como democracia menos que mínima, tal vez *infra-mínima*.

A esta forma simplista de medir la calidad de la democracia la denomino neoliberal, por su identificación con los mecanismos de mercado: la ficción de la libre elección. Al igual que el consumidor tiene la libertad de elegir entre productos el votante lo hace

entre partidos. Es simulada pues la supuesta libertad de elección del consumidor no da cuenta de la manipulación mediática ni la electoral de la manipulación clientelar del voto.

En la segunda línea, al ubicar el polo de la maldad en las instancias institucionales, para el perfeccionamiento de la democracia bastaría con realizar cambios de y en el ordenamiento político, transformaciones estructurales, una necesaria reforma constitucional y del estado (Cancino, 2012).

La tercera, que expondré posteriormente supone trabajar simultáneamente sobre los dos pilares de la ciudadanía, el institucional y el de la cultura política, si se quiere modificar la cultura política y avanzar en la construcción de ciudadanía.

A nivel teórico no se puede soslayar que para poder medir la calidad de la democracia, es necesario recurrir a indicadores y que los indicadores que se seleccionan pasan por el filtro de las concepciones, conscientes o inconscientes del investigador. Recurrir como indicador único al ejercicio del voto, resulta análogo a medir la pobreza recurriendo exclusivamente al ingreso. Resulta tan burdo que cae por su propio peso. Limitan la condición ciudadana a un acto el de votar. No importa si el ejercicio del voto es coaccionado, comprado o manipulado. Los indicadores compuestos intentan incorporar mas elementos para la cualificación, sin embargo la mayoría de los indicadores a los que recurren siguen siendo manipulables o sujetos de simulación como la *alternancia*, el sistema de partidos o la regularidad de las elecciones. La alternancia, como se mencionó páginas atrás puede convertirse en una ficción estadística, al disfrazarse de diferentes colores, los miembros de la misma clase política. La regularidad de las elecciones solo supone la existencia de un eficaz aparato administrativo, y los partidos carentes de ideología, pueden suponer un arreglo para repartirse los cargos, sin ninguna posibilidad de elección de algo diferente, como efectivamente parece percibir los votantes crecientemente hastiados de procesos en las que se verifica la alternancia, entre partidos políticos, mediante elecciones regulares, sin que cambie nada.

Con mayor nivel de profundidad se avanza en la construcción de índices como ponderación de varios indicadores, esto es que supone una línea de base para medir la desviación con respecto a un tipo ideal (Weber). En este caso cabe analizar cual sería el arquetipo del ciudadano ideal. Frente a la indefinición en cuanto a la calidad de la



democracia y la necesidad de construir indicadores que permitan medirla, resulta pertinente volver a la discusión sobre el ciudadano y la ciudadanía.

Retomando algunas de las discusiones sobre ciudadanía varios autores mexicanos contemporáneos recurren al concepto de virtud. Pero como la virtud en sí no se mide, se requiere aterrizarla en conductas concretas, en consecuencia los investigadores se preguntan por los atributos de tal condición. En el campo de los atributos o virtudes de la ciudadanía se reproduce el esquema de la democracia infra mínima, cuando la condición ciudadana se atribuyen virtudes mínimas: El ciudadano mínimo, vota, paga impuestos y respeta a las leyes.

Sin embargo, cuando algunos autores sostienen que no existen ciudadanos (Escalante-Gonzalvo, 2009), lo hacen a partir de la carencia de una serie de virtudes. A las antes mencionadas, como el respeto al orden institucional, el autor agrega el autocontrol, la solidaridad y la conciencia del interés público, como propias de la tradición republicana. La primera observación posible a esta enumeración de atributos, refiere a la primera condición mencionada, el *respeto del orden institucional*, que anula la *capacidad de crítica y destituyente*, que al menos desde la revolución francesa se reconoce como atributo. Las otras dos, si bien indudablemente necesarias, parecieran corresponde a una lógica comunitarista mas que liberal. Este posible alejamiento, probablemente se deba a que el autor considera que la idea de ciudadano corresponde a una construcción imaginaria de la tradición republicana, que llenó de virtudes, igualmente imaginarias, a la condición ciudadana: valentía, capacidad de juicio, disciplina, voluntad de sacrificio, sobriedad, honradez, moderación, amor a la libertad. Tal idealización de las virtudes ciudadanas, es la que probablemente conduce a Hannah Arendt a considerar que la única experiencia moderna de ciudadanía fue la protagonizada por los pilgrín-cuáqueros de la Nueva Inglaterra, hasta que la industrialización sustituyó la virtud pública por el interés monetario. Tal vez por eso es que Gonzalvo considera que el ciudadano ideal es una quimera, y descarta las virtudes clásicas por considerarlas innecesarias para el orden institucional moderno, ya sea porque sólo se requiere que voten o porque se requieren otras virtudes. En su opinión que es también la de Meyer, la formación de los hábitos cívicos resulta de procesos históricos muy largos y también violentos, que en el caso de México fueron truncados de manera reiterada. La persistencia del tlatoani, única institución política auténticamente mexicana, lo confirma. Sin embargo la constatación

deja aun el vacío sobre cuales son los hábitos a sustituir, en el proceso de construcción de ciudadanos acordes a las realidades y las necesidades del México actual.

Los autores eligen diferentes indicadores, unos se van por el lado de las instituciones otros del ciudadano, y suelen olvidar la recomendación de Hegel de atender a los dos pilares, la necesidad de equilibrio entre vida ética y sistema de derechos. El esquema hegeliano se sustenta en dos pilares: La *vida ética (ethos)* y la *libertad pública*. El primero corresponde a la sociedad, refiere a la cultura, a los valores de relación entre las personas y que construyen al ciudadano, el segundo al sistema de garantías, de las cuales, valga la redundancia es garante el estado. La primera condición remite a la conciencia, la subjetividad, la segunda a las instituciones y el estado.

A riesgo de ser acusada de compartir el pensamiento colonizado, al no llamar a abreviar en las fuentes locales, propongo releer los clásicos en la búsqueda de las prácticas y hábitos que condujeron a la construcción de ciudadanía. Al hacerlo podremos observar que lejos de la retahíla de supuestas virtudes arriba enumeradas <sup>3</sup>, las conductas o hábitos pueden ser pocas y concretas. Hegel menciona al Ethos, para referir a los componentes culturales de la identidad, como un polo que incluiría los hábitos ciudadanos, y las garantías institucionales como el otro. Ambos operan en forma paralela y simultánea, dado que a cada garantía correspondería un hábito y viceversa. Para que los derechos de primera generación: libertad de opinión, reunión y asociación así como de ejercicio del voto se ejerzan, no bastan con las garantías constitucionales u operativas se requiere de ciertas virtudes cívicas, hábitos o capacidades: La capacidad analítica, reflexiva y crítica que permita a los ciudadanos entender, opinar, criticar o impugnar los actos de gobierno y todo aquello referido a la cuestión pública; la voluntad de reunirse –formal e informalmente-, con el fin de analizar y discutir los aspectos de la vida pública que les conciernen, es decir de constitución de *ágoras*, *tertulias*, *café*s, o cualquier *espacio, ad hoc* para ventilar lo público, pero también la capacidad de protesta y resistencia (no solo manifestaciones masivas y públicas) ante los actos arbitrarios de la autoridad. A estos aspectos que podríamos llamar clásicos, pues figuran en casi todos los autores, Arendt y en cierto sentido Bobbio agregan espacios de autogestión o de participación. En una palabra la actitud- conducta o cultura ciudadana refiere a una sola virtud: el interés el compromiso y la participación en la *res publica*.

---

<sup>3</sup> véase cita anterior de Escalante-Gonzalvo

Si bien la idea del ciudadano se puede sintetizar en una virtud cívica, para desarrollarla se requiere transformar *habitus* arraigados que obstaculizan o impiden la ciudadanía activa y participativa. No se trata solamente de promover la opinión y la participación, como efectivamente realiza el IFE, sino analizar como desactivar mandatos que reproducen la cultura del súbdito e impiden el proceso de ciudadanización

## V Cultura como *habitus* ciudadanos

Identificar los atributos de cultura política resulta difícil a través de encuestas y datos estadísticos, supone entender cuáles son los patrones, las respuestas esperadas ante ciertas situaciones. Hoy se habla de la conducta políticamente correcta: Una tarea propia de la disciplina antropológica, que tiene en los factores distintivos unos de sus *leid motive*. Los antropólogos observamos la conducta y ante un patrón reiterado, preguntamos ¿porque?. Entendemos que la cultura constituye una forma de ver, valorar y actuar, por tanto si en un contexto se repite por ejemplo, la dificultad para decir no, preguntamos si será políticamente incorrecto, o mal visto decir no. El paso siguiente, en el método antropológico, es recurrir a los informantes para indagar si decir no es incorrecto, o cual sería el campo semántico, es decir las implicaciones de hacerlo. Para entender la cultura política preguntamos ¿cuales son los mandatos familiares sobre la conducta correcta? ¿que se espera en cada situación?, ¿como hacen las personas para relacionarse y moverse en sociedad como peces en el agua?, pero también las palabras y su campo semántico.

En México existe una cultura política, un lenguaje compartido que permite la relación entre gobernantes y gobernados bajo un código conocido. Una cultura política con raíces tal vez prehispánicas, sin duda coloniales, profundamente arraigada en la conciencia. Pero las culturas cambian, no son estáticas. Si muchas de esas prácticas pueden ser identificadas como autoritarias, caciquiles y colocan a los gobernados en situación de súbditos.

La pregunta a responder ante la existencia de una cultura política tradicional es como se concretaría una nueva ciudadanía o en sentido inverso a cuales indicadores recurrir para medir la actitud o el *habitus* ciudadano. Mi propuesta, influenciada por creencias políticas y mi orientación profesional, recurre al concepto de cultura y entre las múltiples defunciones de cultura rescato la increíblemente sintética de Geertz (1992):

*ver, juzgar y actuar*; la mas analítica de Goodenough (1971) para quien la cultura no consiste en las cosas, sino en la manera de hacer las cosas, corresponde con estructuras de pensamiento, análogas a las gramaticales, todos aquellos conocimientos que se necesitan conocer para comportarse de manera adecuada conforme a las normas de una sociedad

La cultura es algo que se aprende. (...) Los objetos materiales que crean los hombres no son en, y por sí mismos, cosas que los hombres aprendan. (...) Lo que aprenden son las percepciones, los conceptos, las recetas y habilidades necesarios: las cosas que necesitan saber con objeto de hacer cosas que cumplan las normas de sus compañeros (Goodenough, 1971, pág. 190).

También toma como referencia la definición de Bourdieu de *habitus*, que tanto debe a Santo Tomas de Aquino. Bourdieu define al habitus como el conjunto de esquemas generativos a partir de los cuales los sujetos perciben el mundo y actúan en él:

El habitus se define como un sistema de disposiciones durables y transferibles - estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes- que integran todas las experiencias pasadas y funciona en cada momento como matriz estructurante de las percepciones, las apreciaciones y las acciones de los agentes cara a una coyuntura o acontecimiento y que él contribuye a producir" (Bourdieu, Cosas dichas, 1988).

En el caso de que nos ocupa, la cultura democrática referiría a la formación de habitus cívicos, y también de la virtud cívica: "la motivación para actuar de forma públicamente orientada" (Tena, 2010). La calidad de la democracia requiere ciudadanos virtuosos. Pero la referencia a la virtud se inscribe en el plano ético-filosófico y resulta por tanto un concepto abstracto. Desde una perspectiva socio-antropológica se requiere dotar de contenido a la supuesta virtud y preguntarse como se traduce en patrones de conducta. La existencia de ciudadanos implica que los habitus ciudadanos se encarnen y que las personas sientan que no pueden hacer otra cosa que la conducta democrática, al igual la imposibilidad de cometer actos no democráticos.

Los indicadores que presento a continuación son producto de la observación etnográfica, de la vigilancia de las prácticas y la indagación sobre las asociaciones subyacentes. También recurre a la etnohistoria, al rastreo de las prácticas y las asociaciones en las tradiciones culturales.

### Atributos de los ciudadanos como indicadores

atributo	requisitos	Obstáculos
<b>Capacidad crítica-analítica</b>	Poder comparar planes-programas ideologías	Educación memorística-no analítica
<b>Discusión</b>	Confrontar ideas, discutir conceptos	Discusión sinónimo de conflicto, falta de cortesía, mandato cultural de no discutir
<b>discurso</b>	argumentar	Cantinflesco, hablar para escucharse inexistencia de si o no
<b>disenso</b>	Cuestionar, reclamar ante decisiones del poder	Méndigos y groseros
<b>Bien común</b>	Autogestión de espacios comunes Comunidades si ciudades no	Se perdió en ciudades encierro den dptos. Pueblos no
<b>Espacios de discusión</b>	Clubes cantinas universidades como foros, café	Mínimos
<b>asociación</b>	Organización autónoma para propios fines	Organización forzada o dirigida estado demiurgo, 2 compra de las autónomas represión de movimientos sociales criminalización de la protesta
<b>Ejercicio de derechos</b>	Posibilidad de ejercicio de derechos	Discrecionalidad, amistad, favor don Patrimonialismo
		<b>Resignación</b>
<b>Libertad de expresión</b>	Pluralidad de medios, espacios para expresión	Lealtades de grupo, censura velada y autocensura, medio-cracia
<b>sujeto</b>	Distinción de espacios	Fusión de afectos, respeto, lealtad con líder, identificación con familia, amor
<b>autonomía</b>	Medios de subsistencia, estabilidad	Dependencia de subsidios, programas o contratos

Como puede observarse cada uno de los atributos de la ciudadanía, enfrentaría un obstáculo referido a un mandato cultural, que obstaculizaría o impediría la formación de la actitud cívica. Mientras la discusión siga siendo considerada expresión de

conflictividad, difícilmente se podrán debatir abiertamente los temas políticos, por su parte mientras reclamar, sea valorado como actitudes méndigas, se seguirá aceptando pasivamente la arbitrariedad del poder. Contrariamente traducidas las precondiciones antes mencionadas, en conductas significaría la indignación ante una actitud patrimonialista por parte de una “autoridad” y la exigencia del restablecimiento en términos de servicio público; el asco y la ofensa ante un intento de soborno o compra de voto o lealtad. Cuando esta imposibilidad de aceptar la arbitrariedad se constituya en habitus, como lo son actualmente la “cortesía” de no discutir, ni reclamar, se estará avanzando en la conformación de una ciudadanía participativa.

Para analizar la calidad de la democracia sugiero analizar los habitus ciudadanos, es decir las representaciones traducidas en prácticas.

### **Bibliografía**

- Baudrillard, J. (1983). *Las estrategias Fatales*. Barcelona: Anagrama.
- Bauman, Z. (2000). *Modernidad líquida*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bell, D. (1964). *El fin de las ideologías*. Editorial Tecnos.
- Bobbio, N. (1985). *El futuro de la democracia*. Barcelona: Plaza y Janés.
- Bourdieu, P. (1987). *Cosas dichas*. Barcelona: Gedisa.
- Bourdieu, P. (1988). *Cosas dichas*. Buenos Aires.: Gedisa.
- Cancino, C. (2012). *El Excepcionalismo mexicano. Entre el estoicismo y la esperanza*. México: Oceano.
- Escalante-Gonzalvo, F. (2009). *Ciudadanos imaginarios. memorial de los afanes y desventuras de la virtud y apología del vicio triunfante en la república mexicana: Tratado de moral pública*. Mexico: El Colegio de México.
- Fukuyama, F. (1992). *El fin de la historia y el último hombre*. Madrid: Planeta.
- Geertz, C. (1992). *La interpretación de las culturas*. Barcelona: Gedisa.
- Giddens, A. (1999). *La tercera Vía. La renovación de la Socialdemocracia*. Madrid: Taurus.

- Goodenough, W. (1971). *Cultura, lenguaje y Sociedad*. Barcelona: Anagrama.
- Gramsci, A. (1973). *Los intelectuales y la organización de la cultura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Huntington, S. (1997). *El choque de civilizaciones: y la reconfiguración del orden mundial*. Barcelona : Paidós.
- Martinez-Veloz, J. (9 de agosto de 2012). La compra del voto en México, ¿realidad o ficción? *El Siglo de Torreon*, págs. <http://www.elsiglodetorreon.com.mx/noticia/773441.la-compra-del-voto-en-mexico-realidad-o-ficcion.html>.
- Navarro, V. (5-4-2012). *¿Quién define la confianza de los Mercados Financieros?* (www.vnavarro.or, Ed.) diario público.
- O'Donnell, G. (1993). *Acerca del Estado, la democratización y algunos problemas conceptuales. Una perspectiva Latinoamericana con referencia a los países pos-comunistas*. Desarrollo Económico Vol XXXIII N 130.
- Perez-Silva, C. y. (5-3-2011). *No atemorizan al PRI alianzas impúdicas, ni ilegal intromisión del gobierno*. México: La Jornada.
- Schmitter, P. (2010). *25 años, 15 hallazgos*. (V. 2. Journal of democracy, Ed.) Buenos Aires.
- Tena, J. (2010). *La virtud cívica como concepto sociológico. Definición y extensión social*. (N. 3. Revista internacional de sociología Vol. 68, Ed.)
- Yasser-Pompeyo, E. (06 de 02 de 2007). *Trapecismo político*. Obtenido de Revista Milenio: <http://www.milenio.com/cdb/doc/impreso/7016020>